

88



c
41088

3006

EL TROVADOR

BIBLIOTECAS POPULARES
CERVANTES

LAS CIENT MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
TOMOS PUBLICADOS

- 1-2. *Santa Teresa de Jesús*.—Libro de su vida.
3. *Quevedo*.—Vida del Buscón.
4. *Campoamor*.—Doloras, Pequeños poemas y Humoradas.
5. *Larra*.—El pobrecito hablador.
6. *Góngora*.—Poesías.
7. *Moratin*.—La comedia nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid*.
9. *Lazarillo de Tormes*.
10. *Tirso de Molina*.—El Burlador de Sevilla.
11. *Espronceda*.—El Diablo Mundo.
- 12-13. *Balmes*.—El Criterio.
14. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: La Gitanilla. Rinconete y Cortadillo.
15. *Cálderón*.—El Alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso*.—Poesías.
17. *R. de la Cruz*.—Sainetes.
18. *Lope de Vega*.—La discreta enamorada.
19. *Veles de Guevara*.—El Diablo Cojuelo.
20. *Cadalso*.—Optica del cortejo y Los eruditos a la violeta.
21. *Cervantes*.—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca*.—Naufragios.
23. *Fr. Luis de León*.—La perfecta casada.
24. *P. A. de Alarcón*.—Verdades de paño pardo y otros escritos olvidados.
25. *Moreto*.—El desdén con el desdén. Entremeses.
- 26-27. *Gil y Carrasco*.—El señor de Bembibre.
28. Antología de la Lirica gallega.
29. *Jovellanos*.—Obras selectas.
30. Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo*.—República literaria.
32. *Pérez de Oliva*.—Dialogo de la dignidad del hombre y otros escritos.
33. *Gracián*.—Oráculo manual.
34. *Arolas*.—Poesías.
- 35-36. *Espinel*.—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Fray Luis de León*.—Poesías.
38. *Iriarte*.—Los literatos en Cuaresma. La librería. Fábulas.
- 39-40. *Bécquer*.—Obras escogidas.
41. *Lucas Gracián Danisco*.—Galateo español.
42. *Lope de Rueda*.—Registro de representantes. El deleitoso.
43. La historia de los dos enamorados Flores y Blancaflor.
44. *Lope de Vega*.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.

(Sigue en la página 4.)

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE
LA LITERATURA ESPAÑOLA.—VOL. 75

A. GARCÍA GUTIÉRREZ

Y DE LOS

PARQUES DE MADRID

EL TROVADOR

COMPañIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Puerta del Sol, 15
MADRID

Florida, 251
BUENOS AIRES

43. *Pero Mexía*.—Diálogos.
46. Poema del Cid.
47. *Pardo Bazán*.—El eisme de Vilamorta.
48. *Verdaguer*.—Antología lírica.
49. *Hartzenbusch*.—Los amantes de Teruel.
50. *M. de la Rosa*.—La conjuración de Venecia.
51. *J. de Timoneda*.—El patrañuelo.
- 52-53. *F. Manuel de Melo*.—Guerra de Cataluña.
54. *G. de Castro*.—Las mocedades del Cid.
55. *Calderón*.—Autos Sacramentales: El gran teatro del mundo y La vida es sueño.
56. *Ruiz de Alarcón*.—La verdad sospechosa.
57. *Gil Polo*.—La Diana enamorada.
- 58-59. *D. Juan Manuel*.—El Conde Lucanor.
60. *Rojas Zorrilla*.—Entre bobos anda el juego.
61. *Cervantes*.—Viaje del Parnaso.
- 62-63. *Diego Hurtado de Mendoza*.—Guerra de Granada.
- 64-65. *Lope de Vega*.—La Dorotea.
- 66-67-68. *Baltasar Gracián*.—El Criticón.
- 69-70. *Castelar*.—Ernesto.
71. *Tirso de Molina*.—Don Gil de las calzas verdes.
72. *Duque de Rivas*.—Don Alvaro o La fuerza del sino.
73. *L. F. de Moratín*.—Epistolario.
74. *Lope de Vega*.—El villano en su rincón.
75. *García Gutiérrez*.—El trovador.

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault*.—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles*.—La Política.
3. *Chateaubriand*.—Novelas.
4. *Leopardi*.—Poesías.
5. Los poetas griegos.
6. *Washington Irving*.—Apuntes literarios.
7. *Edgar A. Poe*.—Obras escogidas.
8. Antología de la Lírica portuguesa.
- 9-10. *Julio César*.—Los comentarios de la guerra de Francia.
11. } *Jonathan Swift*.—Viajes de Gulliver.
12. }
13. }
14. *Shakespeare*.—Macbeth.
- 15-16. *San Agustín*.—Las Confesiones.
17. *Luciano*.—Diálogos.
18. *Bandello*.—Novelas.
19. *Wagner*.—Lohengrin. El buque fantasma.
20. *Dostoiewski*.—Las noches blancas. Ilucha.
21. *Esquilo*.—La Orestíada.
22. *Sterne*.—Viaje sentimental.
23. *Kalidasa*.—El reconocimiento de Sakuntala.
24. *Goethe*.—Hermann y Dorotea.
- 25-26. *V. Hugo*.—Han de Islandia.
27. *Carlos Dickens*.—Canción de Navidad.
28. *Puchkin*.—Dubrovsky, el bandido ruso.
- 29-30-31. *Walter Scott*.—El anticuario.
32. *Almeida Garret*.—Fr. Luis de Sousa.
33. *Thackeray*.—Aventuras de un fanfarrón.

Compañía General de Artes Gráficas, S. A. — Príncipe de Vergara 42 y 44. — MADRID

PRÓLOGO

Cuando el romanticismo había dado sus primeros pasos con indiscutible acierto y se encontraba en la época crítica en que necesitaba de una gran obra que consolidara su primordial valor, aparece un autor joven con una obra que sirve para afirmar y sentar por completo las bases del nuevo movimiento. Es un poeta nacido en Andalucía, tierra de ensueño y de belleza, que posee la propiedad de hacer nacer en su suelo un gran número de poetas que parecen llevar al romanticismo una serie de obras que por el hecho de haber sido engendradas en Andalucía gozan de la luz y de la nostalgia del suelo nativo. Ese poeta es Antonio García Gutiérrez.

Si el duque de Rivas y Larra son los dos principales autores que logran encauzar de una manera perfecta el nuevo movimiento, que, viniendo de Alemania de fuentes españolas, se conoce en el siglo XIX con el nombre de romanticismo, podemos decir sin temor a equivocarnos que hasta que no se conoce "El Trovador" no se llega al triunfo definitivo del drama romántico. Porque "El Trovador", que Larra, con sutil espíritu crítico y la clara y rápida visión que le caracterizó, supo ver también, es un drama romántico, no solamente porque menosprecia las unidades dramáticas

y todos aquellos convencionalismos retóricos que habían sido seguidos hasta poco tiempo antes como reglas sabias y necesarias, sino principalmente por el concepto que entraña de las pasiones humanas.

“El Trovador” es una bella obra que rompiendo, como ya lo habían hecho Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y Larra, con todos los sistemas instituidos hasta su época, a la vez que tiene todas las características del romanticismo, impera en ella un sello de personalidad indiscutible, que logra elevarla sobre todas las restantes composiciones de su tiempo, codearse dignamente con las mejores y aun superar a muchas que gozan de un justo y bien merecido renombre. Conocida es la frase pronunciada por Grimaldi al serle presentado “El Trovador” por García Gutiérrez. “Se advertía en su obra todo el atrevimiento del duque de Rivas, sin que la escudase una celebridad bien sentada”, lo que indicaba que ya García Gutiérrez se hallaba iniciado en el género a que se había habituado el público, con la aparición del romanticismo.

* * *

García Gutiérrez nace en Chiclana—Cádiz—(1), en 1812, teniendo por padres a unos humildes artesanos, de pocos recursos económicos, lo que no impide a nuestro autor el recibir una educación esmerada. Dos años es estudian-

(1) Hay que hacer constar que en Cádiz, y por Böhl de Faber, se hizo la primera defensa pública del romanticismo.

te de Medicina, en su Universidad, pero por una parte sus aficiones literarias, poco compatibles con los estudios anatómicos, y por otra, el cierre, ordenado por Fernando VII, de las Universidades, le induce a venir a Madrid, Meca de los entonces artistas, y sobre todo literatos, a pesar de la oposición paternal, poco partidaria de los laureles literarios. Pero García Gutiérrez está decidido a venir a la Corte, él no puede medrar, ni aún sobresalir, en el ambiente pobre y provinciano de Cádiz y necesita más amplios horizontes donde pueda volar libremente su fantasía sin cortapisas ni límites, y por eso emprende el viaje a Madrid, a pie, en compañía de un amigo y de algunas de sus primeras producciones, que da a conocer en "El Parnasillo". En la redacción de "La Revista Española" primero, y en "La Abeja" después, gana los primeros sueldos, mezquinos y pobres, que no sirven sino para ayudar de una manera pasajera al poeta. El aspira a más, las letras son su verdadera pasión, y a ellas se entrega con toda su alma, empezando como casi todos sus contemporáneos, traduciendo obras, en su mayoría francesas. Pero esto es un medio, nunca un fin, para sus ansias y aspiraciones artísticas, y es entonces cuando entrega a Grimaldi, árbitro supremo de los asuntos dramáticos, su obra "El Trovador", que no es aceptada. Y entonces pasa García Gutiérrez por uno de los momentos más críticos de su vida; había dedicado a "El Trovador" los años de su primera juventud, había resistido épocas de carencia de recursos, y todo lo soportó con paciencia y mansedumbre, pensando en su próxi-

mo estreno que ahora veía alejarse para un plazo muy incierto, y ve como un asilo seguro y horroso la recluta de voluntarios que en 1835 ordenó Mendizábal para aniquilar a la facción carlista, y en ella se alistó, yendo destinado a Leganés para ser instruído en el manejo de las armas. Pero mientras tanto, sus amigos no habían abandonado por completo al poeta. Espronceda había leído "El Trovador" con el entusiasmo y el fervor que ponía en casi todas sus cosas, y se admiró sobremanera de que semejante obra hubiera podido desecharse. Desenterróse el manuscrito, consiguiendo que el gracioso Guzmán lo aceptara para su beneficio, y que desistiendo de otras muchas obras que andaban en espera de ser puestas en escena, fuese estrenada por él. El triunfo superó a toda esperanza, siendo de tal magnitud que sirvió para torcer por completo el rumbo de la vida de nuestro autor. El público, por vez primera en la historia del teatro, reclamó la presencia del autor, que habiéndose escapado de su cuartel en uniforme militar, tuvo que salir con la levita que Ventura de la Vega hubo de prestarle y que él se endosó, entre bastidores. Mendizábal, que presenciaba la representación, le concedió la licencia absoluta. Inmediatamente marcha a Cádiz para hacer copartícipes de su gloria a sus padres. Pertenece en este tiempo al "Eco del Comercio", y tras una corta estancia en Cádiz, el poeta, siempre en continua lucha económica, embarca con rumbo a América (1844).

Eran aquellos días en que se volvía los ojos hacia América como tierra prometida, por todo

aquel que, rápidamente, mediante un esfuerzo brioso y pujante, pretendía abrir ante él amplios horizontes de riqueza y de bienestar. Marcha, en primer lugar, García Gutiérrez a la Habana, en donde era conocido literariamente, y más tarde se traslada a Mérida de Yucatán, permaneciendo cinco años en Hispanoamérica. Al estallar la revolución de 1854, es nombrado comisario interventor de la Comisión de Hacienda de España en Londres, cargo que renunció en 1857. En 11 de mayo de 1862 tomó posesión de su plaza de académico de número en la Real Academia Española. En 1868 fué nombrado cónsul de España en Bayona, cargo que cambió por el Consulado de Génova en el mismo año; desempeñando desde 1872, hasta su muerte, el cargo de director del Museo Arqueológico.

* * *

"El Trovador", drama que siguiendo la técnica nueva está escrito en prosa y verso, es una leyenda romántica adaptada al teatro con gran acierto, ya que el talento poético de García Gutiérrez supo desenvolverse en ella con inmensa felicidad. En su fantástico argumento, que coloca García Gutiérrez a principios del siglo XV, no encontramos de certeza histórica otra cosa que los nombres de varios personajes, o a lo sumo alguna referencia que case por completo con la época en que debe deslizarse la acción de la obra, ya que el ambiente histórico y la verosimilitud de la acción no son muy precisos y ciertos. Dos pasiones vibran de una manera viva y pujante a lo lar-

go de todas las escenas del drama: el Amor, que está personificado en Doña Leonor de Sésé, y la Venganza, que desde las primeras escenas abriga en su pecho la gitana, todo esto enlazado con la serie de trastornos a que en el siglo XV dió origen el conde de Urgel en Aragón; y sobre estas dos acciones se levanta la figura, noble y caballerésca, de Manrique, que inspira a Leonor, con su hondo cariño, ánimos y fuerzas, él, que ha de ser inmolado como víctima del odio de la gitana Azucena contra el conde de Luna.

El drama—como ya hicimos notar en la biografía del autor—fué estrenado el 1.º de marzo de 1836, en el beneficio del gracioso Guzmán, a requerimientos insistentes de Espronceda. El autor lo tituló drama caballeresco. En “El Español” aparecieron entonces (4 y 5 de marzo de 1836) unos artículos de Larra, que, crítico severo y de indiscutible autoridad, supo ver, mediante un minucioso análisis, los defectos y bellezas del drama. Y “Figaro”, el crítico entonces por excelencia, aun reconociendo las grandes bellezas que resaltaban en la composición, hubo de reparar, sin embargo, en el paralelismo de sus dos exposiciones, de las dos pasiones sobre el que giraba: el Amor y la Venganza; en que la muerte de Leonor y la de Manrique resolvían un doble desenlace; y en que destacándose por igual tres caracteres, no sobresalía, en virtud de ninguno, la figura del protagonista (1). Juntamente con esto, “se

(1) Cayetano Rosell: *Autores dramáticos contemporáneos*, Antonio García Gutiérrez, t. I.

observa en el diálogo más lirismo que el que conviene a un drama, y menos soltura de la que se exige en la escena; pero, en cambio, es encantadora la armonía de la versificación suave y dulce, donde se toca a menudo el resorte del sentimiento, cuyos arcanos posee García Gutiérrez en grado eminente, esparciendo con profusión la semilla de sus dotes dramáticas en un asunto propio de novela" (1). El éxito que tuvo "El Trovador" fue grandioso, no sólo teatral, sino literariamente. La primera edición de la obra se vendió en dos semanas, habiendo sido impresa en la Imprenta de Repullés el año 1836, y refundida por su autor en 1851. El argumento, adaptado al italiano por Cammarano, sirve de fuente a "Il Trovatore" de Verdi, representado en el teatro de Apolo de Roma, el 19 de enero de 1853.

He aquí, en breves rasgos, la obra que había de darle más fama a García Gutiérrez, el drama que al encarnar, de manera admirable las pasiones humanas, era obra de todos los tiempos, ya que el amor, el odio, la venganza, el dolor..., los han producido todos los pueblos, y en todas las épocas han estado vivos; por esto, al expresar de una manera bella una obra humana, logra nuestro autor esculpir una de las más típicas obras del período romántico (2).

EDUARDO F. MARQUÉS

(1) A. Ferrer del Río: *Galería de la literatura española*.

(2) Para el estudio de García Gutiérrez pueden consultarse con provecho:

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO): Crítica de la obra en *El Español* (4 y 5 de marzo de 1836).

A. FERRER DEL RÍO: *Galería de la literatura española*.—Madrid, 1846.

CAYETANO ROSELL: *Antonio García Gutiérrez*. Este estudio figura al frente de la edición de *El Trovador* publicado en el tomo I de *Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del Siglo XIX*.—Madrid, 1881.

ENRIQUE PIÑEYRO. *El romanticismo en España*. París. Garnier-Hermandos. Lib. ed. (S. A.)

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ. *El Trovador*. Edición de Adolfo Bonilla San Martín.—Madrid, 1916.

EL TROVADOR

*Drama caballeresco en cinco jornadas, en
prosa y verso.*

Ayuntamiento de Madrid

PERSONAJES

DON NUÑO DE ARTAL, *conde de Luna.*

DON MANRIQUE.

DON GUILLÉN DE SESÉ.

DON LOPE DE URREA.

DOÑA LEONOR DE SESÉ.

DOÑA JIMENA.

AZUCENA.

GUZMÁN, JIMENO, FERRANDO, *criados del
conde de Luna.*

RUIZ, *criado de Don Manrique.*

UN SOLDADO.

SOLDADOS.

SACERDOTES.

RELIGIOSAS.

Aragón. Siglo xv.

Ayuntamiento de Madrid

JORNADA PRIMERA

EL DUELO

Zaragoza: sala corta en el palacio de la Aljaferia.

ESCENA PRIMERA

GUZMÁN, JIMENO, FERRANDO; *sentados*.

JIMENO

Nadie mejor que yo puede saber esa historia. ¡Cómo que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los condes de Luna!

FERRANDO

Siempre me lo han contado de diverso modo.

GUZMAN

Y ¡como se abultan tanto las cosas!...

JIMENO

Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1390. El conde don Lope de Artal vivía regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su alteza. Tenía dos niños: el uno, que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses, poco más o menos; y el mayor, que tendría dos años, llamado don Juan. Una noche, entró en la casa del conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y, sin decir palabra, se deslizó hacia la cámara donde dormía el mayorcito. Era ya bastante vieja...

FERRANDO

¿Vieja y gitana?, bruja sin duda.

JIMENO

Se sentó a su lado, y le estuvo mirando largo rato, sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron, y la arrojaron a palos. Desde aquel día, empezó a enflaquecer el niño, a llorar continuamente; y, por último, a los pocos días, cayó gravemente enfermo: la pícara de la bruja le había hechizado.

GUZMAN

¡Diantre!

JIMENO

Y aún su aya aseguró que, en el silencio de

la noche, había oído varias veces que andaba alguien en su habitación, y que una legión de brujas jugaba con el niño a la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

FERRANDO

¡Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

JIMENO

Todo esto alarmó al conde, y tomó sus medidas para pillar a la gitana: cayó, efectivamente, en el garlito, y al otro día fué quemada públicamente, para escarmiento de viejas.

GUZMAN

¡Cuánto me alegro! ¿Y el chico?

JIMENO

Empezó a engordar inmediatamente.

FERRANDO

Eso era natural.

JIMENO

Y, a guiarse por mis consejos, hubiera sido también tostada la hija, la hija de la hechicera.

FERRANDO

¡Pues, por supuesto!... Dime con quién andas...

JIMENO

No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

GUZMAN

¡Cómo!

JIMENO

Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes: ¿y sabéis lo que se encontró?, una hoguera recién apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

FERRANDO

¡Cáspita!, ¿y no la atenacearon?

JIMENO

Buenas ganas teníamos todos de verla arder, por vía de ensayo para el infierno; pero no pudimos atraparla, y, sin embargo, si la viese ahora...

GUZMAN

¿La conoceríais?

JIMENO

A pesar de los años que han pasado, sin duda.

FERRANDO

Pero también apostaría yo cien florines a que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parrillas de Satanás.

GUZMAN

Se entiende.

JIMENO

Pues... mis dudas tengo yo en cuanto a eso.

GUZMAN

¿Qué decís?

JIMENO

Desde el suceso que acabo de contaros, no ha dejado de haber lances diabólicos..., yo diría que el alma de la gitana tiene demasiado que hacer para irse tan pronto al infierno.

FERRANDO

¡Jum!... ¡Jum!...

JIMENO

¿He dicho algo?

FERRANDO

¡Preguntádmelo a mí!

GUZMAN

¿La habéis visto?

FERRANDO

Más de una vez.

GUZMAN

¿A la gitana?

FERRANDO

No, ¡qué disparate!, no...; al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche, regularmente, en buho. Últimamente, noches pasadas, se transformó en lechuza.

GUZMAN

¡Cáspita!...

JIMENO

Adelante.

FERRANDO

Y se entró en mi cuarto a sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé a rezar un *Padre nuestro* en voz baja..., ni por esas; ¡apagó la luz y me empezó a mirar con unos ojos tan re-

lucientes!, se me erizó el cabello: ¡tenía un no sé qué de diabólico y de infernal aquel espantoso animalejo! Ultimamente, empezó a revolotear por la alcoba..., yo sentí en mi boca el frío beso de un labio inmundo, di un grito de terror exclamando: ¡Jesús!, y la bruja, espantada, lanzó un prolongado chillido, precipitándose furiosa por la ventana.

GUZMAN

¡Me contáis cosas estupendas!, y en pago del buen rato que me habéis hecho pasar, voy a contaros otras no menos raras y curiosas, pero que tienen la ventaja de ser más recientes.

FERRANDO

¿Cómo?

GUZMAN

Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que sólo a mí, a mí, particularmente, se me ha confiado.

JIMENO

Pero, ¿de quién?

GUZMAN

De otro modo me mataría el conde.

FERRANDO Y JIMENO

¡El conde!

GUZMAN

Pero todo ello no es nada, nada; travesuras de la juventud. ¿No sabéis que está perdida-mente enamorado de doña Leonor de Sese?

JIMENO

¿La hermana de don Guillén, de ese hidalgo orgulloso?...

FERRANDO

La más hermosa dama del servicio de la reina...

GUZMAN

Seguro.

FERRANDO

Y que está tan enamorada de aquel trovador que en tiempos de antaño venía a quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

GUZMAN

Y que viene todavía.

JIMENO

¡Cómo!, ¿pues no dicen que está con el conde de Urgel, que en mal hora naciera, ayudándole a conquistar la corona de Aragón?

GUZMAN

Pues a pesar de eso...

FERRANDO

¡Atreverse a galantear a una de las primeras damas de su alteza! Un hombre sin solar, digo, que sepamos.

JIMENO

No negaréis, sin embargo, que es un caballero valiente y galán.

GUZMAN

Sí, eso sí..., pero en cuanto a lo demás... Y luego, ¿quién es él? ¿dónde está el escudo de sus armas? Lo que me decía anoche el conde: "Tal vez será algún noble pobretón, algún hidalgo de gótera."

JIMENO

Pero, al cuento.

GUZMAN

Al cuento: ya sabéis que yo gozo de la confianza del conde; anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: "Escucha, Guzmán, quiero que me acompañes: sólo a tí me atrevo a confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel: esta noche ha de ser fatal para mí, o

he de llegar al colmo de la felicidad suprema.” “Sígueme”, añadió; y atravesó con paso precipitado las galerías, instruyéndome en el camino de su proyecto.

JIMENO

¿Y qué?

GUZMAN

Su intento era entrar en la habitación de Leonor, para lo cual se había proporcionado una llave.

JIMENO

¡Cómo!... ¡en palacio!..., ¿y se atrevió al fin?

GUZMAN

Entró efectivamente; pero en el momento mismo, cuando, lleno de amor y de esperanza, se le figuraba que iba a tocar la felicidad suprema, un preludio del laúd del maldito trovador vino a sacarle de su delirio.

FERRANDO

¡Del trovador!

GUZMAN

Del mismo: estaba en el jardín. “Allí, dijo don Nuño con un acento terrible, allí estará también ella”; y bajó furioso la escalera. La

noche era oscurísima: el importuno cantor, que nunca pulsó el laúd a peor tiempo, se retiró, creyendo sin duda que era mi amo algún curioso escudero; a poco rato, bajó la virtuosa Leonor, y, equivocando a mi señor con su amante, le condujo silenciosamente a lo más oculto del jardín. Bien pronto las atrevidas palabras del conde la hicieron conocer con quien se las había...; la luna, hasta entonces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del celoso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate; la espada del conde cayó a los pies de su rival, y, un momento después, ya no había un alma en todo el jardín.

JIMENO

¿Y no os parece, como a mí, que el conde hace muy mal en exponer así su vida? Y si llegan a saber sus altezas semejantes locuras...

GUZMAN

Calle... parece que se ha levantado ya...

JIMENO

¡Temprano, para lo que ha dormido!

FERRANDO

Los enamorados dicen que no duermen,

GUZMAN

Vamos allá, no nos eche de menos.

FERRANDO

¡Y hoy, que estará de mala guisa!

JIMENO

Sí, vamos.

ESCENA II

Cámara de doña Leonor en el palacio.

LEONOR, JIMENA, DON GUILLÉN.

GUILLÉN

Mil quejas tengo que daros,
si oirme, hermana, queréis.

LEONOR

Hablar, don Guillén, podéis,
que pronta estoy a escucharos.
Si a hablar del conde venís,
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistís.

GUILLÉN

Poco estimáis, Leonor,
el brillo de vuestra cuna,
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
¿Qué visteis, hermana, en él
para así tratarle impía?
¿No supera en bizarría
al más apuesto doncel?
A caballo, en el torneo,
¿no admirásteis su pujanza?
A los botes de su lanza...

LEONOR

Que cayó de un bote creo.

GUILLÉN

En fin, mi palabra di
de que suya habéis de ser,
y cumplirla he menester.

LEONOR

¿Y vos disponéis de mí?

GUILLÉN

O soy o no vuestro hermano.

LEONOR

Nunca lo fuerais, por Dios,
que me dió mi madre en vos,
en vez de amigo, un tirano.

GUILLÉN

En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir...

LEONOR

¡No lo esperéis!

GUILLÉN

O vivir
encerrada en un convento.

LEONOR

Lo del convento más bien.

GUILLÉN

¿Eso tu audacia responde?

LEONOR

Que nunca seré del conde...,
nunca; ¿lo oís, don Guillén?

GUILLÉN

Yo haré que mi voluntad
se cumpla, aunque os pese a vos.

LEONOR

Idos, hermano, con Dios.

GUILLÉN

¡Leonor!... adiós os quedad.

ESCENA III

LEONOR, JIMENA

LEONOR

¿Lo oíste? ¡Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningún consuelo me resta.

JIMENA

Mas ¿por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?

LEONOR

Esa soberbia ambición
que le ciega y le devora,
es ¡triste! mi perdición.
¡Y quiere que al que me adora
arroje del corazón!
Yo al conde no puedo amar;
le detesto con el alma:
él vino ¡ay Dios! a turbar
de mi corazón la calma,
y mi dicha a emponzoñar.
¿Por qué perseguirme así?

JIMENA

Desde anoche le aborrezco
más y más.

LEONOR

Yo que creí
que era Manrique... ¡Ay de mí!
todavía me estremezco.
Por él me aborrece ya.

JIMENA

¿Don Manrique?

LEONOR

Sí, Jimena.

JIMENA

De vuestro amor dudaré.

LEONOR

Celoso del conde está,
y sin culpa me condena... (*Llora.*)

JIMENA

¿Siempre llorando, mi amiga?
No cesas...

LEONOR

Llorando, sí;
yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere así.
Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
¿qué es ya para mí la vida?
¡Y él creyó que envilecida
vendiera a otro amor mi fe!
No, jamás... La pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, trovador, y mi lloro
te dirá cómo te adoro,
y mi angustia te dirá...
Mírame aquí prosternada;
ven a calmar la inquietud
de esta mujer desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
¿Me quieres más humillada?

JIMENA

¿Qué haces, Leonor?

LEONOR

Yo no sé....
alguien viene.

JIMENA

¡Él es, por Dios!
¡Y dudabas de su fe!

LEONOR

¡Jimena!

JIMENA

Te estorbaré...
solos os dejo a los dos.

ESCENA IV

LEONOR, MANRIQUE. (*Rebozado.*)

LEONOR

¡Manrique! ¿Eres tú?

MANRIQUE

Yo, sí...
no tembléis.

LEONOR

No tiemblo yo;
mas si alguno entrar te vió...

MANRIQUE

Nadie.

LEONOR

¿Qué buscas aquí?
¿qué buscas?... ¡ah!, ¡por piedad!....

MANRIQUE

¿Os pesa de mi venida?

LEONOR

No, Manrique, por mi vida;
¿me buscáis a mí, es verdad?
Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer;
¿lo ves?, lloro de placer.

MANRIQUE

¡Quién, perjura, te creyera!

LEONOR

¿Perjura?

MANRIQUE

Mil veces, sí...
Mas no pienses que, insensato,
a obligar a un pecho ingrato,
a implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor,
cual un tiempo...

LEONOR

¡Desdichada!

MANRIQUE

¿Tembláis?

LEONOR

No, no tengo nada...
mas temo vuestro furor.
¡Quién dijo, Manrique, quién,
que yo olvidarte pudiera
infel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es sólo mi bien!
¿Mis lágrimas no bastaron
a arrancar de tu razón
esa funesta ilusión?

MANRIQUE

Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te creí
mientras tierna me halagabas
y, pérfida, me engañabas.
¡Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traición...
yo partiré el corazón
de ese rival insolente.
¡Tus lágrimas! ¿Yo creer
pudiera, Leonor, en ellas,
cuando con tiernas querellas
a otro halagabas ayer?
¿No te vi yo mismo, dí?

LEONOR

Sí, pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.

Era tu voz, tu laúd,
era el canto seductor
de un amante trovador,
lleno de tierna inquietud.
Turbada, perdí mi calma,
se estremeció el corazón,
y una celeste ilusión
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te vía
en la oscuridad profunda;
que a la luna moribunda
tu penacho descubría.
Me figuré verte allí
con melancólica frente,
suspirando tristemente,
tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba... un temblor
me sobrecogió un instante...
era sin duda mi amante,
era ¡ay Dios! mi trovador.

MANRIQUE

Si fuera verdad, mi vida,
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

LEONOR

¿No te soy aborrecida?

MANRIQUE

¿Tú, Leonor? ¿Pues por quién
así en Zaragoza entrara,
por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?

¡Aborrecerte! ¿quién pudo
aborrecerte, Leonor?

LEONOR

¿No dudas ya de mi amor,
Manrique?

MANRIQUE

No, ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? Lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir,
porque la muerte me fuera
más grata que tu desdén.

LEONOR

¡Trovador!

MANRIQUE

No más; ya es bien
que parta.

LEONOR

¿No vuelvo a verte?

MANRIQUE

Hoy no, muy tarde será.

LEONOR

¿Tan pronto te marchas?

MANRIQUE

Hoy:

ya se sabe que aquí estoy;
buscándome están quizá.

LEONOR

Sí, vete.

MANRIQUE

Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria
cuando el cielo dé victoria
a las armas del de Urgel.
Retírate..., viene alguno.

LEONOR

¡Es el conde!

MANRIQUE

Vete.

LEONOR

¡Cielos!

MANRIQUE

Mal os curasteis, mis celos...
¿Qué busca aquí este importuno?

ESCENA V

MANRIQUE, DON NUÑO

NUÑO

¿Qué hombre es éste?

MANRIQUE

Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

NUÑO

(¡Pesia mi negra fortuna!)

MANRIQUE

Caballero, hablo con vos;
si porque encubierto estoy...

NUÑO

Si decirme algo tenéis,
descubrid...

MANRIQUE

¿Me conocéis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO

¡Vos, Manrique!

MANRIQUE

El mismo soy.

NUÑO

¿Cuando a la ley sois infiel,
y cuando proscripto estáis,
así en palacio os entráis,
partidario del de Urgel?

MANRIQUE

¿Debo temer, por ventura,
conde, de vos?

NUÑO

Un traidor...

MANRIQUE

Nunca; vuestro mismo honor,
de vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero.

NUÑO

¿Qué buscáis, Manrique, aquí?

MANRIQUE

A vos, señor conde.

NUÑO

¿A mí?
Para qué saber espero.

MANRIQUE

¿No lo adivináis?

NUÑO

Tal vez.

MANRIQUE

Siempre enemigos los dos
hemos sido...

NUÑO

Sí, por Dios.

MANRIQUE

¡Pensáislo con madurez!

NUÑO

Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
a quien débéis contestar
tan sólo con el desprecio.

¿Qué hay de común en los dos?
Habláis al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.

MANRIQUE

Y bueno tal como vos.
¿En fin, no admitís el duelo?

NUÑO

¿Y lo pudisteis pensar?
¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE

¡No me insultéis, vive el cielo,
que, si la espada desnudo,
la vil lengua os cortaré!

NUÑO

¿A mí, villano? No sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.

MANRIQUE

Salgamos.

NUÑO

Sacad el infame acero.

MANRIQUE

Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

NUÑO

¡Cobarde, no escucho nada!

MANRIQUE

Ved, conde, que os engañáis...
Vos... ¿vos cobarde llamáis
al que es dueño de esta espada?

NUÑO

¡La mía! ¿Y lo sufro? No...

MANRIQUE

A recobradla venid.

NUÑO

No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

MANRIQUE

Tal vez os equivocáis.
Y habladme con más espacio
mientras estamos en palacio.
Os aguardo.

NUÑO

¿Dónde vais?

MANRIQUE

Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero
que, si vos sois caballero...
caballero también soy.

NUÑO

¿Os atrevéis?...

MANRIQUE

Sí, venid.

NUÑO

¡Trovador, no me insultéis,
si en algo el vivir tenéis!

MANRIQUE

¡¡Don Nuño, pronto, salid!!

JORNADA SEGUNDA

EL CONVENTO

Cámara de don Nuño.

ESCENA PRIMERA

DON NUÑO, DON GUILLÉN.

NUÑO

¿Don Guillén?

GUILLÉN

Guardeos el cielo.

NUÑO

¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

GUILLÉN

¡Qué! ¿Aún no sabéis?...

NUÑO

Asentad.

GUILLÉN

Todos lloran sin consuelo.

NUÑO

¡Cómo!

GUILLÉN

La traición impía
que en yermo a Aragón convierte,
dió al arzobispo la muerte.

NUÑO

¿Qué decís? ¿A don García?

GUILLÉN

Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que, de la noche en lo oscuro,
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel...

NUÑO

Siempre lo fué don García.

GUILLÉN

Porque osado combatía
la pretensión del de Urgel.

NUÑO

¡Infame y cobarde acción
que he de vengar, por quien soy!

GUILLÉN

Conde...

NUÑO

Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragón,
y, si mi poder alcanza
a los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.

GUILLÉN

Pero, dejando esto a un lado,
que importa más vuestra vida,
¿cómo os va de aquella herida?

NUÑO

Me siento muy mejorado.

GUILLÉN

Ya era tiempo.

NUÑO

Un año hará
que la recibí, por Cristo;
muy cerca la muerte he visto,
mas bueno me siento ya.

GUILLÉN

La suerte, al fin, del traidor
os dió la venganza presto.

NUÑO

No me habléis, Guillén, en esto;
habladme de Leonor:
que hace un año, más de un año,
mientras me duró mi herida,
que no me habláis, por mi vida,
de vuestra hermana, y lo extraño.

GUILLÉN

¡Don Nuño!...

NUÑO

Desque dejó
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura también me privó.
¿Consiente al fin en unir
su suerte a la suerte mía?
¿Se muestra menos impía?

GUILLÉN

Conde, ¿qué os puedo decir?
En vano fué amenazar,
y nada alcanzó mi ruego;
esposa de Dios va luego
a postrarse ante el altar.

NUÑO

¡Encerrarse en un convento!
¿Eso prefiere más bien?

GUILLÉN

En el de Jerusalén
va a profesar al momento.

NUÑO

¡Ingrata!

GUILLÉN

Cuando el rumor
llegó, don Nuño, a su oído
de que había sucumbido
en Velilla el trovador,
desesperada, llorosa...

NUÑO

¡Y no hay medio, don Guillén!...

GUILLÉN

Ninguno; ni ya está bien...

NUÑO

¿Decís que aún no es religiosa?

GUILLÉN

Pero lo será muy luego.

NUÑO

Iré yo a verla, yo iré;
si es fuerza, la rogaré...

GUILLÉN

Despreciará vuestro ruego.

NUÑO

¿Tan en extremo enojada
está?

GUILLÉN

¿No sabéis, señor,
que no hay tirano mayor
como la mujer rogada?

NUÑO

Pues bien, la arrebataré
a los pies del mismo altar:
¡si ella no me quiere amar,
yo a amarme la obligaré!

GUILLÉN

¡Conde!

NUÑO

Sí, sí ...loco estoy:
no os enojéis; ni he querido
ofender...

GUILLÉN

Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.

NUÑO

Basta; ya sé, don Guillén,
que es ilustre vuestra cuna.

GUILLÉN

Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.

NUÑO

Está bien:
dejadme.

GUILLÉN

¿Quién más que yo
este enlace estimaría?
Mas si amengua mi hidalguía,
no quiero tal dicha, no.

NUÑO

Decís bien.

GUILLÉN

Si os ofendí...

Nuño-No; dejadme... fuera están
mis criados; a Guzmán
que entre diréis.

GUILLÉN

Lo haré así.

ESCENA II

DON NUÑO. *Después* GUZMÁN.

NUÑO

Gracias a Dios se fué ya,
que, por cierto, me aburría.
¡Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Que no me quiera servir,
será diligencia vana:
o ha de ser mía su hermana,
o por ella he de morir.

GUZMÁN

¿Señor?

NUÑO

Cierra esa puerta.

GUZMÁN

¿Qué tenéis que mandarme?

NUÑO

Siéntate.

GUZMÁN

¡En vuestra presencia, señor!

NUÑO

Sí: quiero darte esta prueba más de mi aprecio; voy a encargarte de una comisión arriesgada... ¿te atreverás a hacer lo que te diga?

GUZMÁN

A todo estoy pronto.

NUÑO

Piénsalo bien.

GUZMÁN

Aunque me costara la vida; podéis disponer de mí.

NUÑO

Ya lo sé, Guzmán; nunca has dejado de serme fiel.

GUZMÁN

Y lo seré siempre.

NUÑO

Yo también sabré recompensarte. Bien conoces a doña Leonor de Sesé y sabes, lo que por ella he padecido.

GUZMÁN

Demasiado, señor.

NUÑO

Y hoy la voy a perder para siempre, si no me ayuda tu arrojo. Yo debía haberla olvidado; pero mi corazón, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en extremo... me es imposible no amarla. Cuando murió Manrique en el ataque de Velilla, creí que, resignándose con su suerte, se tendría por muy dichosa en dar la mano al conde de Luna, en llevar un apellido noble y brillante: me engañé... apenas podría creerlo; ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalén.

GUZMÁN

¡Hoy mismo!

NUÑO

Sí; yo no quiero que este acto se verifique.

GUZMÁN

¿Cómo estorbarlo?

NUÑO

¿No me comprendes?

GUZMÁN

Mandad.

NUÑO

Yo te prometo que nada te sucederá: el rey acaba de hacerme Justicia mayor de Aragón: de consiguiente, contra ti no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al arzobispo; el rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

GUZMÁN

Cierto.

NUÑO

¿Cuál de mis criados te parece más a propósito para que vaya contigo?

GUZMÁN

Ferrando.

NUÑO

Dile que te acompañe: yo también le recompensaré.

GUZMÁN

¿Oís? (*Tocan a la puerta.*)

NUÑO

Abre.

ESCENA III

Los mismos, DON LOPE.

LOPE

Su alteza os manda llamar, conde.

NUÑO

¿Su alteza?

LOPE

Parece que está algo alborotada la ciudad, con ciertas noticias que ha traído un corredor del ejército.

NUÑO

¿Pues qué hay?

LOPE

Los rebeldes han entrado a saco a Castellar;
y se suena también que algunos de ellos se
han introducido en Zaragoza, y que esta noche
ha de haber revuelta.

NUÑO

¡Imposible!

LOPE

La ciudad está casi desierta; todos se han
consternado; pero lo más particular...

NUÑO

Así podrás con más facilidad... (*Aparte a
Guzmán.*)

GUZMÁN

Voy.

NUÑO

Escucha: supongo que no encontrarás resis-
tencia; si la hallares, haz uso de la espada.

GUZMÁN

¿En la misma iglesia?

NUÑO

En cualquier parte.

GUZMÁN

Verdad es, que en un tiempo en que se mantenían arzobispos...

NUÑO

Me has entendido..., adiós.

ESCENA IV

DON NUÑO, DON LOPE.

LOPE

Como decía, lo que más me ha admirado de todo ello, y lo que a vos sin duda también os sorprenderá, es la voz que corre de que, el que acaudillaba a los rebeldes en la entrada del castillo, era un difunto.

NUÑO

¡Don Lope!

LOPE

¿No adivináis quién sea?

NUÑO

Yo... no conozco fantasmas.

LOPE

Pues bien: le conocíais, y le odiabais muy particularmente.

NUÑO

¿Quién?

LOPE

El trovador.

NUÑO

¿Manrique? ¿No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

LOPE

Así se dijo, aunque ninguno le conocía por su persona.

NUÑO

¡Si no era él!

LOPE

No sería, o como yo más bien creo...

NUÑO

¿Qué?

LOPE

Debe de haber en esto algo de arte del diablo.

NUÑO

¡Silencio! ¿os queréis burlar?

LOPE

No, por mi vida.

NUÑO

¿Y está en el castillo?

LOPE

No, en Zaragoza.

NUÑO

¿Aquí?

LOPE

Así lo ha dicho quien le vió a la madrugada cerca de la puerta del Sol.

NUÑO

Y él será tal vez el caudillo de la trama...

LOPE

El es a lo menos el más osado, y, por consiguiente, el más a propósito...

NUÑO

Plugiera a Dios que así fuese .

LOPE

Nadie lo duda en la ciudad.

NUÑO

Decíais que me llamaba su alteza.

LOPE

Seguramente.

NUÑO

Adiós, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.

LOPE

Yo lo espero...

ESCENA V

DON LOPE.

Pues no las tengo yo todas conmigo..., y si los soldados son como el caudillo..., ¡pardiez!, ¡un ejército de fantasmas, una falange espiritual!

ESCENA VI

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento; tres puertas, una al lado

de la reja, que comunica con el interior del claustro, otra a la derecha, que va a la iglesia, y la otra a la izquierda, que figura ser la entrada de la calle.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio; la puerta que está al lado de la reja, se abre, y aparece LEONOR, apoyada del brazo de JIMENA: las rodean algunos sacerdotes y religiosas.

LEONOR

¡Jimena!

JIMENA

Al fin abandonas
a tu amiga.

LEONOR

Quiera el cielo
hacerte a tí más feliz,
tanto como yo deseo.

JIMENA

¿Por qué obstinarte?

LEONOR

Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.

Aquí, de Dios en las aras,
no veré, amiga, a lo menos,
a esos tiranos impíos -
que causa de mi mal fueron.

JIMENA

¿Ni una esperanza?...

LEONOR

Ninguna;

él murió ya.

JIMENA

Tal vez luego
se borrará de tu mente
ese recuerdo funesto.
El mal, como la ventura,
todo pasa con el tiempo.

LEONOR

Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,
en el mundo para mí;
sólo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena.

JIMENA

Estás temblando.

LEONOR

Sí, tiemblo,
porque a ofender voy a Dios
con pérfido juramento.

JIMENA

¿Qué dices?

LEONOR

¡Ay! todavía
delante de mí le tengo,
y Dios, y el altar, y el mundo,
olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...
mas no existe, es ilusión
que imagina mi deseo.
¡Vamos!

JIMENA

¡Leonor!

LEONOR

Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará... sosténme,
que apenas tenerme puedo.

ESCENA VII

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE, con el rostro cubierto con la celada, y RUIZ.

RUIZ

Este es el convento.

MANRIQUE

Sí,
Ruiz, pero nada veo.
¿Si te engañaron?

RUIZ

No creo...

MANRIQUE

¿Estás cierto que era aquí?

RUIZ

Señor, muy cierto.

MANRIQUE

Sin duda
tomó ya el velo.

RUIZ

Quizá.

MANRIQUE

¡Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda!

RUIZ

Pero...

MANRIQUE

Dejadme, Ruiz;
ya para mí no hay consuelo.
¿Por qué me dió vida el cielo,
si ha de ser tan infeliz?

RUIZ

Mas ¿qué causa pudo haber
para que así consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.

MANRIQUE

Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.

RUIZ

De esa suerte...

MANRIQUE

Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor,
huyendo de sus tiranós.
Si supiera que aún existo
para adorarla... no, no...,
¡ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo!

RUIZ

¿Qué hacéis? Callad...

MANRIQUE

Loco estoy...
¿Y cómo no estarlo ¡ay cielo!,
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.

RUIZ

¿Qué váis a hacer?

MANRIQUE

Pudíérala acaso ver...
con esto fuera feliz.

RUIZ

Aquí el locutorio está.

MANRIQUE

Vete.

RUIZ

Fuera estoy.

ESCENA VIII

MANRIQUE. *Después* GUZMÁN, FERRANDO.

MANRIQUE

¿Qué haré?
turbado estoy... ¿llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene ...por aquí...
es la iglesia del convento.

FERRANDO

Tarde llegamos, Guzmán.

GUZMÁN

¿Quién es ese hombre?

FERRANDO

No sé.

(Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento después de concluída la jornada.)

GUZMÁN

¿Oyes el canto?

FERRANDO

Sí a fe.

GUZMÁN

En la ceremonia están.

MANRIQUE

¡Qué escucho..., cielos! Es ella...
(Mirando a la puerta de la iglesia.)
Allí está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor más bella.

GUZMÁN

¿No es esa la iglesia?

FERRANDO

Vamos.

MANRIQUE

Ya se acercan hacia aquí.

FERRANDO

Espérate.

GUZMÁN

¿Vienen?

FERRANDO

Sí.

MANRIQUE

No, que no me encuentre... huyamos.

(Quiere huir, pero, deteniéndose de pronto, se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen a la puerta del claustro; pero, al pasar al lado de Manrique, éste alza la visera, y Leonor, reconociéndole, cae desmayada a sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio, llevando velas encendidas.)

GUZMÁN

¡Esta es la ocasión... valor!

LEONOR

¿Quién es aquél? Mi deseo (*A Jimena.*)
me engaña... ¡Sí, es él!

JIMENA

¡Qué veo!

LEONOR

¡Ah! ¡Manrique!

GUZMÁN y FERRANDO

... ¡El trovador! (*Huyen.*)

JORNADA TERCERA

LA GITANA

Interior de una cabaña. Azucena estará sentada cerca de una hoguera. Manrique, a su lado, de pie.

ESCENA PRIMERA

MANRIQUE, AZUCENA. (*Canta.*)

AZUCENA

Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima,
gritos lanza de furor.

Allí viene; el rostro pálido,
sus miradas de terror,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

MANRIQUE

¡Qué triste es esa canción!

AZUCENA

Tú no conoces esta historia, aunque nadie
mejor que tú pudiera saberla.

MANRIQUE

¿Yo?

AZUCENA

Te separaste tan niño de mi lado, ¡ingrato!.
abandonaste a tu madre por seguir a un des-
conocido...

MANRIQUE

A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

AZUCENA

Pero que no te amaba tanto como yo.

MANRIQUE

Mi objeto era el de haceros feliz... Las

montañas de Vizcaya no podían suministrar a mi ambición recursos para elevarme a la altura de mis ilusiones. Seguí a don Diego hasta Zaragoza, porque se decidió a protegerme; y yo decía para mí: "Algún día sacaré a mi madre de la miseria"; pero vos no lo habéis querido.

AZUCENA

No, yo soy feliz; yo no ambiciono alcázares dorados; tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

MANRIQUE

¡Siempre!

AZUCENA

Pero, hijo mío, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

MANRIQUE

¿Mi familia?

AZUCENA

Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

MANRIQUE

No me he atrevido... no sé por qué se me

ha figurado que me habíais de contar alguna cosa horrible.

AZUCENA

¡Tienes razón, una cosa horrible!... Yo, para recordarlo, no podría menos de estremecerme... ¿Ves esa hoguera? ¿Sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla, sin que se me despegue la carne de los huesos; y no puedo apartarla de mí, porque el frío de la noche hiela todo mi cuerpo.

MANRIQUE

¿Pero por qué os habéis querido fijar en este sitio?

AZUCENA

Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos..., desde aquí se descubren los muros de Zaragoza; éste era, éste, el sitio donde murió.

MANRIQUE

¿Quién, madre mía?

AZUCENA

¡Es verdad, tú no lo sabes, y, sin embargo, era mi madre, mi pobre madre, que nunca había hecho daño a nadie. Pero dieron en decir que era bruja!...

MANRIQUE

¿Vuestra madre?

AZUCENA

Sí; la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasión para ella, y la condenaron a ser quemada viva.

MANRIQUE

¡Qué horror! Bárbaros... ¿Y lo consumaron?

AZUCENA

En ese mismo sitio, donde está esa hoguera.

MANRIQUE

¡Gran Dios!

AZUCENA

Yo la seguía de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo a mi hijo en los brazos, a ti; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez, cerca del suplicio; allí me miró haciendo un gesto espantoso, y, con una voz ahogada y ronca, me gritó: "¡Véngame!" ¡Aquella palabra! No la puedo olvidar; aquella palabra... se grabó en mi alma, en

todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

MANRIQUE

Sí, y la vengasteis... ¿Es verdad? Tendría un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes, no eran bastantes.

AZUCENA

Pocos días después, tuve ocasión de conseguirlo. Yo no hacía otra cosa que rodear la casa del conde que había sido causa de la muerte de aquella desgraciada... Un día logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos después, ya estaba yo en este sitio, donde tenía preparada la hoguera.

MANRIQUE

¿Y tuvisteis valor?...

AZUCENA

El inocente lloraba, y parecía querer implorar mi compasión... Tal vez me acariciaba... Dios mío, yo no tuve valor..., yo también era madre... (*Llorando.*)

MANRIQUE

¿Y en fin?

AZUCENA

Yo no había olvidado, sin embargo, a la infeliz que me había dado el ser; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazón. Esta lucha era superior a mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsión violenta...; yo oía confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decía: "¡Véngame!" Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgredada y pálida, que, con paso trémulo, caminaba despacio, muy despacio, hacia la muerte, y que volvía la cara para mirarme, para decirme: "¡Véngame!" Un furor desesperado se apoderó de mí, y, desatentada y frenética, tendí las manos buscando una víctima; la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horribles ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enajenamiento mortal... Abrí los ojos, los tendí a todas partes...; la hoguera consumía una víctima, y el hijo del conde estaba allí. (*Señalando a la izquierda.*)

MANRIQUE

¡Desgraciada!

AZUCENA

Había quemado a mi hijo.

MANRIQUE

¡Vuestro hijo! ¿Pues quién soy yo, quién?...
Todo lo veo.

AZUCENA

¿Te he dicho que había quemado a mi hijo?... No... he querido burlarme de tu ambición... Tú eres mi hijo; el del conde, sí; el del conde era el que abrasaban las llamas... ¿No quieres tú que yo sea tu madre?

MANRIQUE

Perdonad.

AZUCENA

¡Ingrato! ¿No te he prodigado una ternura sin límites?

MANRIQUE

Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces, dentro, en mi corazón, os lo confieso, he deseado que no fuéseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí: si yo fuese un Lanuza, un Urrea...

AZUCENA

Un Artal...

MANRIQUE

No, un Artal, no; es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero, a pesar de mi ambición, os amo, madre mía; no..., yo no quiero sino ser vuestro hijo. ¿Qué me importa un nombre? Mi corazón es tan grande como el de un rey... ¿qué noble ha doblado nunca mi brazo?

AZUCENA

Sí, sí; ¿a qué ambicionar más?

MANRIQUE

Aún no viene. (*Llegándose a la puerta.*)

AZUCENA

Pero sin embargo, estás muy triste... ¿Te devora algún pesar secreto? ¿Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré a nadie que soy tu madre; me contentaré con decírmelo a mi propia, y en vanagloriarme interiormente. ¿Estás contento?

ESCENA II

Los mismos, RUIZ.

MANRIQUE

Ahí está.

AZUCENA

¿Esperabas a ese hombre?

MANRIQUE

Sí, madre.

AZUCENA

No temas, no me verá. (*Se aparta a un lado.*)

RUIZ

¿Estáis pronto?

MANRIQUE

¿Eres tú, Ruiz?

RUIZ

El mismo: todo está preparado.

MANRIQUE

Marchemos.

ESCENA III

AZUCENA

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme si-

quiera. ¡Ingrato! No parece sino que conoce mi secreto... ¡Ah! Que no sepa nunca... Si yo le dijera: "Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me pertences..." Me despreciaría y me dejaría abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ¡Ah, no, no lo sabrá nunca... ¿Por qué le perdoné la vida, sino para que fuera mi hijo?

ESCENA IV

El teatro representa una celda; en el fondo, a la izquierda, habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada LEONOR; se ve un crucifijo pendiente de la pared, delante del reclinatorio.

LEONOR

Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frío
consumó... ¡Perdón, Dios mío,
perdona si te ultrajé!
Llorar triste y suspirar
sólo puedo; ay, Señor, no...,
tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos que allí te hiciera,
fueron votos de dolor,
arrancados al temor
de un alma tierna y sincera.

Cuando en el ara fatal
eterna fe te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
en la imagen de un mortal,
imagen que vive en mí,
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
a separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo;
vibre tu rayo tremendo
y confunda mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazón
esta violenta pasión,
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solía
colmar piadoso mi afán,
¿qué os hicisteis? ¿Dónde están
vuestra gloria y mi alegría?
De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal,
aunque en mi memoria eterno,
ya pasó... Mi juventud
los tiranos marchitaron,
y a mi vida prepararon.
junto al ara el ataud.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumentéis mi padecer...
¡sois por mi mal tan hermosas!

*(Una voz, acompañada de un laud, canta
las siguientes estrofas después de un breve pre-*

ludio: Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitación.)

Camina orillas del Ebro
caballero lidiador,
puesta en la cuja la lanza
que mil contrarios venció.

*Despierta, Leonor,
Leonor.*

Buscando viene anhelante
a la prenda de su amor,
a su pesar consagrada
en los altares de Dios.

*Despierta, Leonor,
Leonor.*

LEONOR

Sueños, dejadme gozar...
no hay duda... él es... trovador... (*Viendo en-
será posible... [trar a Manrique.]*)

MANRIQUE

¡Leonor!

LEONOR

¡Gran Dios!, ya puedo expirar.

ESCENA V. QUÉ DE MADRID

MANRIQUE, LEONOR.

MANRIQUE

Te encuentro al fin, Leonor.

LEONOR

Huye. ¿Qué has hecho?

MANRIQUE

Vengo a salvarte, a quebrantar osado
los grillos que te oprimen, a estrecharte
en mi seno de amor enagenado.
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar hermosa mi esperanza,
y que extasiada de placer me miras.

LEONOR

¡Manrique!

MANRIQUE

Sí, tu amante que te adora,
más que nunca feliz.

LEONOR

¡Calla!...

MANRIQUE

No temas:
todo en silencio está como el sepulcro.

LEONOR

¡Ay! ojalá que en él feliz durmiera,
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.

MANRIQUE

¡Su esposa tú!... jamás.

LEONOR

Yo, desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

MANRIQUE

No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen a Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes?, huyamos; nadie puede
separarme de ti... ¿tiembles?... ¿vacilas?...!

LEONOR

Sí; ¡Manrique!... ¡Manrique!... ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.

Peligroso mortal, no más te goces
envenenando ufano mi existencia;
demasiado sufrí, déjame al menos
que triste muera aquí con mi inocencia.

MANRIQUE

¡Esto aguardaba yo! Cuando creía
que más que nunca enamorada y tierna
me esperabas ansiosa, así te encuentro
¡sorda a mi ruego, a mis halagos fría!
Y tiembles, di, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste a Dios... ¡Pues qué!... ¿no fueras
antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...

LEONOR

¡Por piedad!

MANRIQUE

¿Te acuerdas?

En una noche plácida y tranquila...
(¡qué recuerdo, Leonor; nunca se aparta
de aquí del corazón!): la luna hería
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundía.
“Nadie cual yo te amó”, mil y mil veces
me dijiste falaz: “Nadie en el mundo
como yo puede amar”; y yo, insensato,
fiaba en tu promesa seductora,
y feliz y extasiado en tu hermosura,
con mi esperanza allí me halló la aurora.

¡Quimérica esperanza! ¡Quién diría
que, la que tanto amor así juraba,
juramento y amor olvidaría!

LEONOR

Ten de mí compasión: si por ti tiemblo,
¿por ti y por mi virtud, no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aún; aquí, en mi pecho,
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,
por siempre aquí estarán, que en vano quiero,
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasión criminal lanzar del pecho.
No encones más mi endurecida llaga;
si aún amas a Leonor, huye, te ruego,
libértate de ti.

MANRIQUE

¡Que huya me dices!...
¡yo, que sé que me amas!

LEONOR

No, no creas...
no puedo amarte yo... si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
¿lo pudiste creer?... Yo lo decía,
pero mi corazón... te idolatraba.

MANRIQUE

¡Encanto celestial!, tanta ventura
puedo apenas creer.

LEONOR

¿Me compadeces?

MANRIQUE

Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para ti... vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.
¿Es verdad que en el mundo no hay delicia
para ti sin mi amor?

LEONOR

¿Lo dudas?...

MANRIQUE

Vamos...

pronto huyamos de aquí.

LEONOR

¡Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
¿Qué pretendes de mí? ¿Que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna a mi deber perjura?
Mírame aquí a tus pies, aquí te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
y tu esclava seré; ¡pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces!

MANRIQUE

¡Ángel mío!

LEONOR

Huyamos, sí... ¿no ves allí en el claustro
una sombra?... ¡gran Dios!

MANRIQUE

No hay nadie, nadie...
fantástica ilusión.

LEONOR

Ven, no te alejes;
¡tengo un miedo! No, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo
bajo mis pies abierto: no pretendas
precipitarme en él.

MANRIQUE

Leonor, respira,
respira por piedad; yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta, sus sentidos trastornados...
me abandonan sus brazos... no, yo siento
su seno palpar... Leonor, ya es tiempo
de huir de esta mansión, pero conmigo
vendrás también. Mi amor, mis esperanzas,
tú para mí eres todo, ángel hermoso.
¿No me juraste amarme eternamente,
por el Dios que gobierna el firmamento?
Ven a cumplir, ven, tu juramento.

ESCENA VI

Calle corta: a la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

RUIZ. *Un momento después* UN SOLDADO.

RUIZ

¡Es mucho tardar! Me temo que esta dilación... ¡Oiga!, ¿quién va?

SOLDADO

¿Ruiz?

RUIZ

El mismo: ¡ah! ¿Eres tú? ¿Ha llegado la gente?

SOLDADO

Ya está cerca del muro, pero la puerta está guardada.

RUIZ

¡Cómo! ¿Alguno nos ha vendido tal vez?

SOLDADO

El rey ha salido esta noche de la ciudad.

RUIZ

Algo ha sabido.

SOLDADO

Sin duda. ¿Con cuántos hombres podemos contar dentro de la ciudad?

RUIZ

Apenas llegan a ciento.

SOLDADO

Bastan para atacar la puerta, si nos ayudan los de fuera.

RUIZ

Dices bien.

SOLDADO

Vamos.

RUIZ

¿Y don Manrique?

SOLDADO

¿Temes?

RUIZ

¡Yo!... no; pero queda mi señor todavía en el convento.

SOLDADO

¡Diablo!, ya... pero es cosa de un momento: un ataque imprevisto por la espalda y por el frente... después ya no corre peligro.

RUIZ

Vamos.

ESCENA VII

MANRIQUE, LEONOR.

MANRIQUE

Alienta, en salvo estamos.

LEONOR

¡Ay!

MANRIQUE

Ya vuelve...

LEONOR

¿Dónde estoy?

MANRIQUE

En mis brazos, Leonor. (*Se oye dentro ruido lejano de armas.*)

LEONOR

¿Qué rumor es ese?...

MANRIQUE

¡Cielos!... tal vez...

LEONOR

¿Adónde me llevas? Suéltame, por Dios...
¿no ves que te pierdes?

MANRIQUE

¿Qué me importa, si no te pierdo a tí?

LEONOR

¿Pero qué significa ese ruido?

MANRIQUE

No es nada, nada.

LEONOR

Ese resplandor... esas luces que se divisan a lo lejos...

MANRIQUE

Es verdad, pero no temas, estoy a tu lado...

LEONOR

¿No oyes estruendo de armas?

MANRIQUE

Sí, confusamente se percibe.

LEONOR

¿Si vienen en nuestra busca?

MANRIQUE

No puede ser.

LEONOR

Pero esos hombres que se acercan... he distinguido los penachos.

MANRIQUE

No temas.

LEONOR

¿Qué van a hacer contigo? Huye, huye por Dios.

MANRIQUE

Si fueran mis soldados...

LEONOR

Vete; se acercan... ¿no lo ves? ¡es el conde!

MANRIQUE

¡Don Nuño! es verdad... ¡gran Dios! ¿y he de perderte? (*Se oye tocar a rebato.*)

LEONOR

¿Escuchas?

MANRIQUE

Sí, esta es la señal.

DENTRO

¡Traición, traición!

MANRIQUE

Estamos libres. (*Desenvainando la espada.*)

DENTRO

¡Traición!

LEONOR

¿Qué haces?

ESCENA VII

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLÉN, DON LOPE y SOLDADOS con luces, y por la derecha RUIZ y varios SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE: éste defenderá a LEONOR, ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLÉN y DON NUÑO: entre tanto no cesarán de tocar a rebato.

MANRIQUE

Aquí, mis valientes.

NUÑO

El es.

GUILLÉN

¡Traidor!

LEONOR

¡Piedad, piedad!

JORNADA CUARTA

LA REVELACIÓN

El teatro representa un campamento con varias tiendas: algunos soldados se pasean por el fondo.

ESCENA PRIMERA

DON NUÑO, DON GUILLÉN, JIMENO.

NUÑO

Bien venido, don Guillén:
ya cuidadoso esperaba
vuestra vuelta... ¿Qué habéis visto?

GUILLÉN

Como mandasteis, al alba
salí a explorar todo el campo,
y me interné en la montaña.

NUÑO

¿No encontrasteis los rebeldes?

GUILLÉN

Encerrados nos aguardan
en Castellar.

NUÑO

¡Nos esperan!

GUILLÉN

A tanto llega su audacia.

NUÑO

¿Sabéis si está don Manrique?

GUILLÉN

Don Manrique es quien los manda.

NUÑO

¡Albricias, don Guillén; hoy
recobraréis vuestra hermana!

GUILLÉN

No sabéis cuál lo deseo,
por lavar la torpe mancha
que esa pérfida ha estampado
en el blasón de mis armas.
Allí con su seductor...
no quiero pensarlo... ¡infamia
inaudita! y está allí...
¿y yo no voy a arrancarla,
con el corazón villano,
el torpe amor que la abrasa?

NUÑO

Sosegaos.

GUILLÉN

No, no sosiega
el que así de su prosapia
ve el blasón envilecido...

Honrado nací en mi casa,
y a la tumba de mis padres
bajará mi honor sin mancha.

NUÑO

Sin mancha, yo os lo prometo.

GUILLÉN

¡El traidor! ¡que se escapara
la noche que en Zaragoza,
entre el rumor de las armas,
la arrancó del claustro!

NUÑO

En vano
perseguirle procuraba:
se me ocultó entre los suyos ...

GUILLÉN

Que bien pagaron su audacia.

NUÑO

Que levanten esas tiendas
para ponernos en marcha
al instante... ¡nos esperan!
¿Tienen mucha gente?

GUILLÉN

Basta
para guardar el castillo
la que he visto... y bien armada.

Catalanes son los más,
y toda gente lozana.

NUÑO

No importa: de Zaragoza
hoy nos llegaron cien lanzas,
y seiscientos ballesteros
que nos hacían gran falta.
No se escaparán, si Dios
quiere ayudar nuestra causa.
¿Qué ruido es ese?

(Se oye dentro rumor y algazara.)

ESCENA II

LOS MISMOS, GUZMÁN.

GUZMÁN

¿Señor?

NUÑO

¿Qué motiva esa algazara?
¿Qué traéis?

GUZMÁN

Vuestros soldados,
que por el campo rondaban,
han preso a una bruja.

NUÑO

¿Qué?

GUZMÁN

Sí, señor; a una gitana.

NUÑO

¿Por qué motivo?

GUZMÁN

Sospechan,
al ver ^{de} que huir trataba
cuando la vieron, que venga
a espiar.

NUÑO

¿Y por qué arman
ese alboroto? ¿qué es eso? (*Mirando adentro.*)

GUZMÁN

¿No véis cómo la maltratan?

NUÑO

Traédmela, y que ninguno
sea atrevido a tocarla.

ESCENA III

LOS MISMOS, LA AZUCENA *conducida por SOLDADOS, y con las manos atadas.*

AZUCENA

¡Defendedme de esos hombres
que sin compasión me matan...
defendedme!

NUÑO

Nada temas:
nadie te ofende.

AZUCENA

¿Qué causa
he dado para que así
me maltraten?

GUILLÉN

¡Desgraciada!

NUÑO

¿Adónde ibas?

AZUCENA

No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.

NUÑO

¿No estuviste en Aragón
nunca?

AZUCENA

Jamás.

JIMENO

¡Esa cara!

NUÑO

¿Vienes de Castilla?

AZUCENA

No;
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera vi
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde, pobre y miserable,
por dichosa me juzgaba:
Un hijo sólo tenía,
y me dejó abandonada:
voy por el mundo a buscarle,
que no tengo otra esperanza.
¡Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.

¡Ay! Sí... Dejadme, por Dios,
que a buscar a mi hijo vaya,
y a esos hombres tan crueles
decid que mal no me hagan.

GUZMÁN

¡Me hace sospechar, don Nuño!

NUÑO

¡Teme, mujer, si me engañas!

AZUCENA

¿Queréis que os lo jure?

NUÑO

No;
mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.

AZUCENA

¡Vos! (*Sobresaltada.*)
¿Sois vos? (¡Gran Dios!)

JIMENO

¡Esa cara!
esa turbación...

AZUCENA

Dejadme...
permitidme que me vaya...

JIMENO

¿Irte?... Don Nuño, prendedla.

AZUCENA

Por piedad, no ... ¡Qué! ¿no bastan los golpes de esos impíos, que de dolor me traspasan?

NUÑO

Que la suelten.

JIMENO

No, don Nuño.

NUÑO

Está loca.

JIMENO

Esa gitana
es la misma que a don Juan
vuestro hermano...

NUÑO

¡Qué oigo!

AZUCENA

¡Calla!

no se lo digas, cruel,
que, si lo sabe, me mata.

NUÑO

Atadla bien.

AZUCENA

Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... ¡Manrique, hijo,
ven a librarme!

GUILLÉN

¿Qué habla?

AZUCENA

¡Ven, que llevan a morir
a tu madre!

NUÑO

¡Tú, inhumana,
tu fuiste!

AZUCENA

No me hagáis mal,
os lo pido arrodillada...
tened compasión de mí.

NUÑO

Llevadla de aquí... apartadla
de mi vista.

AZUCENA

No fuí yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA IV

LOS MISMOS, *menos* LA AZUCENA *y* SOLDADOS.

NUÑO

Tomad, don Lope, cien hombres,
y a Zaragoza llevadla:
vos de ella me respondéis
con vuestra cabeza.

GUILLÉN

¿Marcha

el campo?

NUÑO

Sí, a Cestellar
¡Es hijo de una gitana!...
¿No lo oísteis, don Guillén,
que a Manrique demandaba?

GUILLÉN

Sí, sí...

NUÑO

Pronto a Castellar,
que esta tardanza me mata ...
Yo os prometo no dejar
una piedra en sus murallas.

ESCENA V

*Habitación de Leonor en la torre de Castellar,
con dos puertas laterales.*

LEONOR, RUIZ.

RUIZ

¿Qué mandarme tenéis?

LEONOR

¿Y don Manrique?

RUIZ

Aún reposando está.

(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)

LEONOR

Duerme tranquilo,
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.

¿Cuál es mi suerte? ¡Oh, Dios! ¿Por qué
[tus aras

ilusa abandoné? La paz dichosa
que allí bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
¿Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamás, nunca lo fui... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar un solo instante.
Ya con eternos vínculos el crimen
a su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldición que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

ESCENA VI

LEONOR, MANRIQUE.

LEONOR

¡Manrique! ¿eres tú?

MANRIQUE

Sí, Leonor querida.

LEONOR

¿Qué tienes?

MANRIQUE

Yo no sé...

Ayuntamiento de Madrid

LEONOR

¿Por qué temblando
tu mano está? ¿qué sientes?

MANRIQUE

Nada, nada.

LEONOR

En vano me lo ocultas.

MANRIQUE

Nada siento.
Estoy bueno... ¿Qué dices? ¿que temblaba
mi mano?... no... ilusión... nunca he temblado.
¿Ves cómo estoy tranquilo?

LEONOR

De otra suerte,
me mirabas ayer... tu calma fría,
es la horrorosa calma de la muerte.
Pero ¿qué causa, dime, tus pesares?

MANRIQUE

¿Quieres que te lo diga?

LEONOR

Sí, lo quiero.

MANRIQUE

Ningún temor real, nada que pueda
hacerte a tí infeliz ni entristecerte
causa mi turbación... mi madre, un día,
me contó cierta historia triste, horrible,
que no puedes saber, y, desde entonces,
como un espectro me persigue eterna
una imagen atroz... no lo creyeras,
y, a contártelo yo, te estremecieras.

LEONOR

Pero...

MANRIQUE

No temas, no; tan sólo ha sido
un sueño, una ilusión, pero horrorosa...
un sudor frío aún por mi frente corre.
Soñaba yo que, en silenciosa noche,
cerca de la laguna que el pie besa
del alto Castellar, contigo estaba.
Todo en calma yacía; algún gemido
melancólico y triste
sólo llegaba lúgubre a mi oído.
Trémulo como el viento en la laguna,
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado allí en su orilla y a tu lado,
pulsaba yo el laud, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y, en triste melodía,
el viento que en las aguas murmuraba,
mi canto y tus suspiros repetía.

Más súbito, azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un instante
con brillo melancólico tu frente.
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
como ilusión fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso,
que el nocturno silencio interrumpía,
ya triste nos miraba,
ya con rostro infernal se sonreía.
De pronto el huracán cien y cien truenos
retemblando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
a su estampido horrísono temblaron.
Y, envuelta en humo, la feroz fantasma
huyó, los brazos hacia mí tendiendo:
“¡Véngame!” dijo, y se lanzó a las nubes.
“¡Véngame!” por los aires repitiendo.
Frió con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... tú ya no estabas,
y sólo hallé a mi lado
un esqueleto, y, al tocarle osado,
en polvo se deshizo, que, violento,
llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcán, turbios mis ojos;
más logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

LEONOR

¿Y un sueño solamente
te atemoriza así?

8

MANRIQUE

No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... mra, esta noche
partiremos al fin, de este castillo...
no quiero estar aquí.

LEONOR

¿Temes acaso?...

MANRIQUE

Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene a sitiarnos,
y este castillo es débil con extremo;
nada temo por mí, más por tí temo.

ESCENA VII

Los mismos, RUIZ

MANRIQUE

¿Qué me vienes a anunciar?

RUIZ

Señor; ya el conde marchando
con la gente de su bando,
se dirige a Castellar.
Todo lo lleva a cuchillo
y por los montes avanza,
sin duda con la esperanza
de poner cerco al castillo.

No osarán, que son traidores,
y es cobarde la traición.

RUIZ

Estas las noticias son
que traen nuestros corredores.
Demás, por lo que advirtieron,
añaden que esta mañana
han cogido una gitana

MANRIQUE

¿Una gitana?... ¿Y quién era?

RUIZ

¿Quién puede saberlo... pues?...

MANRIQUE

¡Cielos!

RUIZ

Vieja dicen que es,
con sus puntas de hechicera.

MANRIQUE

(Es ella... ¿Y podré salvarla?...)
Avisa que a partir vamos...
Armense todos... (Corramos
a lo menos a vengarla.)

LEONOR

¿Qué dices?... Partir...

MANRIQUE

Sí, sí...

¿Qué te detienes?

RUIZ

Señor...

MANRIQUE

¡Pronto, o teme mi furor!

LEONOR

¿Y me dejarás aquí?

ESCENA VIII

MANRIQUE, LEONOR

MANRIQUE

Un secreto, Leonor...
Sé que vas a despreciarme;
ya era tiempo..., esa gitana,
esa, Leonor, es mi madre.

LEONOR

¡Tu madre!

MANRIQUE

Llora si quieres;
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
a salvarla, si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.

LEONOR

¡Eso me faltaba!...

MANRIQUE

Sí;
yo no debía engañarte
por más tiempo... Vete, vete,
soy un hombre despreciable.

LEONOR

Nunca para mí.

MANRIQUE

Eres noble,
y yo, ¿quién soy? Ya lo sabes.
Vete a encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.

LEONOR

¡Con mi orgullo! Tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

MANRIQUE

Péro soy libre
y fuerte para vengarme... ...
Y me vengaré... ¿lo dudas?

LEONOR

Si necesitas mi sangre,
aquí la tienes.

MANRIQUE

¡Leonor!
¡Qué desgraciada en amarme
has sido! ¿Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
¿Y no me aborreces?

LEONOR

No.

MANRIQUE

¿Sabes que, presa mi madre,
espera tal vez la muerte?
¡Venganza infame y cobarde!
¿Qué espero yo...?

LEONOR

Ven..., no vayas,
mira, el corazón me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.

MANRIQUE

¡Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
¿Quisieras tú que, temblando,
viera derramar su sangre,
o, si salvarla pudiera,
por salvarla no lidiase?

LEONOR

Pues bien, iré yo contigo;
allí correré a abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amanazare;
sí, y a falta de otro muro,
muro será mi cadáver.

MANRIQUE

Ahora te conozco, ahora
te quiero más.

LEONOR

Si tú partes.
iré contigo; la muerte
a tu lado ha de encontrarme.

MANRIQUE

Venir tú..., no; en el castillo
queda custodia bastante
para ti..., ¿escuchas?, adiós.
(*Suena un clarín.*)
El clarín llama al combate.

LEONOR

Un momento...

MANRIQUE

Ya no puedo
detenerme ni un instante.

ESCENA IX

LEONOR

¡Manrique, espera...! Partió
sin escucharme... ¡inhumano!
¿Por qué con delirio insano
mi corazón le adoró?
¿Y es éste tu amor? ¡Ay!, ven...

No burles así tu suerte,
que allí te espera la muerte,
y está en mis brazos tu bien.
Ya no escuchas el clamor
de aquella Leonor querida...
(*Vuelve a sonar el clarín.*)
¡Gran Dios! ¡protege su vida,
te lo pido por tu amor!

JORNADA QUINTA

EL SUPPLICIO

*Inmediaciones de Zaragoza: a la izquierda,
vista de uno de los muros del palacio de la
Aljafería, con una ventana cerrada con una
fuerte reja.*

ESCENA PRIMERA

LEONOR, RUIZ

RUIZ

Ya estamos en Zaragoza
y es bien entrada la noche:
nadie conoceros puede.

LEONOR

Ruiz, ¿no es esta la torre
de la Aljafería?

RUIZ

Sí.

LEONOR

¿Están aquí las prisiones?

RUIZ

Ahí se suelen custodiar
los que a su rey son traidores.

LEONOR

¿Trajiste lo que te dije?

RUIZ

Aquí está (1); por un jaroque
que no vale seis cornados...

LEONOR

El precio nada te importe.
Toma esa cadena tú.

RUIZ

Judío al fin.

(1) Saca un pomo de plata, que entrega a Leonor.

LEONOR

No te enojés.

RUIZ

Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.

LEONOR

Vete, Ruiz.

RUIZ

¿Os quedáis
sola aquí? No, que me ahorquen
primero...

LEONOR

Quiero estar sola.

RUIZ

Si os empeñáis..., buenas noches.

ESCENA II

LEONOR

Esa es la torre; allí está,
y, maldiciendo su suerte,
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.

¡Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro sólo abiertas,
verán tus últimos días!
¿Por qué tan ciega le amé?
¡Infeliz! ¿Por qué, Dios mío,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo;
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
¡Si me quisiera escuchar
el conde! ¿Si yo lograra
librarte así, qué importara?
Sí, voy tu vida a salvar.
A salvarte..., no te asombre
si hoy olvido mi desdén.

DENTRO UNA VOZ

¡Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre!

LEONOR

Ese lúgubre clamor...
¿o tal vez lo escuché mal?
No, no... ¡ya el hora fatal
ha llegado, trovador!
Manrique, partamos ya,
no perdamos un instante.

DENTRO

¡Ay!

LEONOR

Esa voz penetrante...
¡Si no fuera tiempo ya!

(Al querer partir, se oye tocar un laúd; un momento después, canta dentro Manrique.)

Despacio viene la muerte
que está sorda a mi clamor:
para quien morir desea,
despacio viene, por Dios.

*¡Ay! adiós, Leonor,
Leonor.*

LEONOR

Él es; ¡y desea morir
cuando su vida es mi vida!
¡Si así me viera afligida
por él al cielo pedir!

DENTRO MANRIQUE

No llores si a saber llegar
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldón.

*¡Ay! adiós, Leonor,
Leonor.*

LEONOR

¡Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.

¡Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si a esa reja te asomaras
y a Leonor vieras aquí,
tuvieras piedad de mí
y de mi amor no dudarás.
Aquí te buscan mis ojos,
a la luz de las estrellas,
y oigo a par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre,
con mil suspiros también.

DENTRO LA VOZ

¡Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre!

LEONOR

No, no morirás; yo iré
a salvarte: del tirano
feroz la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
¿Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
¿Aún dudas con inquietud? (*Apura el*
Ya no puedo ser del conde. [*pomo.*])

Y DE LOS
ESCENA III
PARQUES DE MADRID.

Cámara del conde de Luna; éste estará sentado cerca de una mesa, y don Guillén, a su lado, de pie.

DON NUÑO, DON GUILLÉN.

NUÑO

¿Visteis, don Guillén, al reo?

GUILLÉN

Dispuesto a morir está.

NUÑO

¿Don Lope?

GUILLÉN

Presto vendrá.

NUÑO

Que al punto llegue deseo.
No quiero que se dilate
el suplicio ni un momento;
cada instante es un tormento
que mi impaciencia combate.

GUILLÉN

¿Le avisaré?

NUÑO

No; esperad...
Tardar no puede en venir.
Para ayudarle a morir,
a un religioso avisad.
Y despachaos con presteza.

GUILLÉN

¡El hijo de una gitana!

NUÑO

Cierto, diligencia es vana.

GUILLÉN

¿Mas no dais cuenta a su alteza?

NUÑO

¿Para qué? Ocupado está
en la guerra de Valencia.

GUILLÉN

Si no aprueba la sentencia...

NUÑO

Yo sé que la aprobará.

Para aterrar la traición
puso en mi mano la ley...
mientras aquí no esté el rey,
yo soy el rey de Aragón.
Mas..., ¿vuestra hermana?

GUILLÉN

Yo mismo

nada de su suerte sé;
pero encontrarla sabré
aunque la oculte el abismo.
Entonces su torpe amor
lavará con sangre impura...
Sólo así el honor se cura,
y es muy sagrado el honor.

NUÑO

Ni tanto rigor es bien
emplear.

GUILLÉN

Mi ilustre cuna...

NUÑO

Si algo apreciáis al de Luna,
no la ofendáis, don Guillén.

GUILLÉN

¿Tenéis algo que mandar?

NUÑO

Dejadme solo un instante.

ESCENA IV

DON NUÑO. *Después* DON LOPE.

NUÑO

Leonor, al fin en tu amante
tu desdén voy a vengar.
Al fin en su sangre impura
a saciar voy mi rencor:
también yo puedo, Leonor,
gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
también será a mi rival,
a ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
¿Por qué, Leonor, no me amaste?
yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
yo como a un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado:
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
¡Ah!, perdonarle quisiera...
no soy tan perverso yo.

Pero es mi rival... no, no...
es necesario que muera.

LOPE

Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

NUÑO

Y bien, que muera,
pues a su rey fué traidor.
¿A qué aguardáis?

LOPE

Si así os plugo...

NUÑO

¿No fué perjuro a la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, ¿qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

LOPE

¿Esta noche? ¡Pobre mozo!

NUÑO

Junto al mismo calabozo...
¿entendéis?

LOPE

No hay más decir.

NUÑO

¿La bruja?

LOPE

Con él está
en su misma prisión.

NUÑO

Bien.

LOPE

¿Pero ha de morir?

NUÑO

También.

LOPE

¿De qué muerte morirá?

NUÑO

Como su madre, en la hoguera.

LOPE

Por último confesó
que a vuestro hermano mató.
Maldiga Dios la hechicera.

NUÑO

Molesto, don Lope, estáis...
idos ya.

LOPE

Señor, si pude
ofenderos...

NUÑO

No lo dude.

LOPE

Mi deber...

NUÑO

Es que os vayáis.
(*Hace don Lope que se va, y vuelve.*)

LOPE

Perdonad; se me olvidaba,
con la maldita hechicera.

NUÑO

¡Don Lope!

LOPE

Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.

NUÑO

¿Y qué objeto aquí la trae?
¿Dice quién es?

LOPE

Encubierta
llegó, señor, a la puerta
que al campo de Toro cae.

NUÑO

Que entre, pues: vos, despejad.

LOPE

El conde, señora, espera.

NUÑO

Vos os podéis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

ESCENA V

DON NUÑO. LEONOR.

LEONOR

¿Me conocéis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO

¿Qué buscáis, ^{¡Desgraciada!} Leonor, aquí?

LEONOR

¿Me conocéis, conde?

NUÑO

Sí,
por mi mal, desventurada;
por mi mal te conocí.
¿A qué viniste, Leonor?

LEONOR

¿Conde, dudarlo queréis?

NUÑO

¡Todavía el trovador!...

Ayuntamiento de Madrid

LEONOR

Sé que todo lo podéis,
y que peligra mi amor.
Duelaos, don Nuño, mi mal.

NUÑO

A eso vinistes, ingrata,
¿a implorar por un rival?
¡por un rival! ¡insensata!
mal conoces al de Artal.
No, cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
Imposible...

LEONOR

No lo creo.

NUÑO

Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo también yo
aborrecido imploré
a quien mis ruegos no oyó,
y de mi afán se burló;
no pienses que lo olvidé.

LEONOR

¡Ah!, conde, conde, piedad. (*Arrodi-
[llándose.]*)

NUÑO

¿La tuviste tú de mí?

LEONOR

Por todo un Dios.

NUÑO

Apartad.

LEONOR

No, no me muevo de aquí.

NUÑO

Pronto, Leonor, acabad.

LEONOR

Bien sabéis cuánto le amé;
mi pasión no se os esconde...

NUÑO

¡Leonor!

LEONOR

¿Qué he dicho? No sé,
no sé lo que he dicho, conde:
¿queréis?... le aborreceré.

¡Aborrecerle! ¡Dios mío!
y aun amaros a vos, sí,
amaros con desvarío
os prometo... amor impío,
¡digno de vos y de mí!

NUÑO

Es tarde, es tarde, Leonor.
¿Y yo perdonar pudiera
a tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?

LEONOR

¿No os apiada mi dolor?

NUÑO

¡Apiadarme! Más y más
me irrita Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aún te adoro,
¿mas perdonarle? jamás.
Esta noche, en el momento...
nada de piedad.

LEONOR

(Con ternura.) ¡Cruel!
¡Cuando en amarte consiento!

NUÑO

¿Qué me importa tu tormento,
si es por él, sólo por él?

LEONOR

Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
¡Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!

NUÑO

Un hombre oscuro...

LEONOR

Sí, sí...
nunca mereció mi amor.

NUÑO

Un soldado, un trovador...

LEONOR

Yo nunca os aborrecí.

NUÑO

¿Qué quieres de mí, Leonor?
¿Por qué mi pasión enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime que de un Dios dependes
y amarme no puedes ya.

LEONOR

¿Qué importa, conde? ¿No fui
mil y mil veces perjura?
¿Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que a Dios olvide por tí?

NUÑO

¿Me lo juras?

LEONOR

Partiremos
lejos, lejos de Aragón,
do felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasión.

NUÑO

Leonor... ¡delicia inmortal!

LEONOR

Y tú, en premio a mi ternura...

NUÑO

Cuanto quieras.

LEONOR

¡Oh ventura!

BIBLIOTECAS CIRCULANTES

NUÑO

Y DE LOS

BARQUES DE MADRID

Corre, dile que el de Artañ
su libertad asegura,
pero que huya de Aragón:
que no vuelva, ¿lo has oído?

LEONOR

Sí, sí...

NUÑO

Dile que atrevido
no persista en su traición,
que tu amor ponga en olvido.

LEONOR

Sí... lo diré... ¡Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)

NUÑO

Cuidad, que os observaré.

LEONOR

(Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

ESCENA VI

Calabozo oscuro, con una ventana con reja a

Ayuntamiento de Madrid

la izquierda y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo, cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada LA AZUCENA; en el lado opuesto, MANRIQUE, sentado.

MANRIQUE

¿Dormís, madre mía?

AZUCENA

No... bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.

MANRIQUE

¿Tenéis frío tal vez?

AZUCENA

No... te he oído suspirar a menudo... ven aquí... ¿Qué tienes?, ¿Por qué no me confías todos tus padecimientos? ¿Por qué no los depositas en el seno de una madre? Porque yo soy tu madre, y te quiero como a mi vida.

MANRIQUE

¡Mis padecimientos!

AZUCENA

He orado por ti toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

MANRIQUE

Descansad un momento.

AZUCENA

Yo quisiera escaparme de aquí, porque me sofoca el aire que aquí respiro... porque van a matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben a tu madre.

MANRIQUE

¡Gran Dios!

AZUCENA

Pero estoy afligiéndote, ¿es verdad?

MANRIQUE

No, decid, decid lo que queráis.

AZUCENA

Tú no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí; y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí, yo estoy libre de su furor.

MANRIQUE

¿Vos?

AZUCENA

Sí; los tiranos no mandan sobre el sepulcro.

ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida; ¿no está pintada en ella la muerte?

MANRIQUE

¿Qué decís?

AZUCENA

Sí, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcían: un velo de sangre ha ofuscado más de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oídos... se me figuraba que oía el llamamiento a la eternidad... ¡la eternidad! y yo voy a salir de esta vida con el alma emponzoñada...

MANRIQUE

Por favor...

AZUCENA

Y van a matarme...

MANRIQUE

¿A mataros? ¿Y por qué? ¡Porque sois mi madre, y yo soy la causa de vuestra muerte! ¡Madre mía, perdón!

AZUCENA

No temas: ¿a qué llorar por mí? No, no

tendrán el placer de tostarme como a mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes, pero quisiera morir pronto. ¿No es verdad que se llenarán de rabia cuando vengan a buscar una víctima y encuentren un cadáver, menos que un cadáver... un esqueleto? ¡Ja... ja... ja!... Quisiera yo verlo, para gozarme en su desesperación. Cuando vean mis ojos quebrados, cuando toquen mi mano seca y fría como el mármol...

MANRIQUE

No me atormentéis, por piedad.

AZUCENA

¿Oyes? ¿Oyes ese ruido? Mátame... pronto, para que no me lleven a la hoguera. ¿Sabes tú qué tormento es el fuego?

MANRIQUE

Y tendrán valor...

AZUCENA

Sí; lo tuvieron para mi madre: debe ser horroroso ese tormento... ¡la hoguera! No sé qué tiene de feroz esa palabra, que me hiela... ¡la hoguera!, y siempre la tengo delante y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

MANRIQUE

No más, no más.

AZUCENA

Me acuerdo de cuando achicharraron a tu abuela: iba cubierta de harapos; sus cabellos, negros como las alas del cuervo, ocultaban casi enteramente su cara; yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, había apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podía soportar; pero mi madre me llamó, y yo corrí hasta los pies del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oído el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... Debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado expresaba todos los tormentos de su cuerpo, y los verdugos se reían de sus visages, porque la llama había quemado sus cabellos, y sus facciones contraídas, convulsas, y sus ojos desencajados, daban a su rostro una expresión infernal... ¡Y esto les hacía reír!...

MANRIQUE

¿No podéis olvidar todo eso? ¿Por qué no procuráis descansar?

AZUCENA

Sí, eso quería, pero... ¿y la hoguera? ¿Y si durmiendo me llevan a la hoguera?

MANRIQUE

No, no vendrán.

AZUCENA

¿Me lo prometes tú?

MANRIQUE

Os lo ofrezco, madre mía: podéis reposar un momento.

AZUCENA

Tengo mucha necesidad de dormir. ¡He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luego nos iremos: ¿qué razón hay para que no nos dejen ir? Cuando sea de día... pero aquí no se sabe cuándo es de día... Aunque sea de noche, a cualquiera hora, sí, porque quiero respirar; aquí me ahogo.

MANRIQUE

(¡Qué tormento!)

AZUCENA

Y correremos por la montaña, y tú cantarás, mientras yo estaré durmiendo, sin temor a esos verdugos, ni a ese suplicio de fuego.

MANRIQUE

Descansad.

AZUCENA

Voy... pero... calla... calla... (*Se queda dormida: un momento de silencio.*)

MANRIQUE

Duerme, duerme, madre mía,
mientras yo te guardo el sueño,
y un porvenir más risueño
durmiendo allá te sonría.
Al menos ¡ay! mientras dura
tu sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.

ESCENA VII

MANRIQUE. LEONOR. AZUCENA.

LEONOR

¡Manrique!

MANRIQUE

¡No es ilusión!
¿eres tú?

LEONOR

Yo, sí... yo soy;
a tu lado al fin estoy
para calmar tu aflicción.

MANRIQUE

Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar:
ven, Leonor, a consolar
amorosa mi martirio.

LEONOR

No pierdas tiempo, por Dios...

MANRIQUE

Siéntate a mi lado, ven.
¿Debes tú morir también?
Muramos juntos los dos.

LEONOR

No, que en libertad estás.

MANRIQUE

¿En libertad?

LEONOR

Sí, ya el conde...

MANRIQUE

¿Don Nuño, Leonor? responde,
responde... ¡cielo! ¿esto más?
¡Tú a implorar por mi perdón
del tirano a los pies fuiste!

Quizá también le vendiste
mi amor y tu corazón.
No quiero la libertad
a tanta costa comprada.

LEONOR

Tu vida...

MANRIQUE

¿Qué importa? nada...
quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
¡La vida! ¿es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.

LEONOR

¿Qué debí hacer? Si supieras
lo que he sufrido por ti,
no me insultaras así,
y a más me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.

MANRIQUE

Pues bien, partamos los dos:
mi madre también vendrá.

LEONOR

BIBLIOTECA DE LOS CIRCULANTES

Y DE LOS

Tú solamente.

PARQUES DE MADRID

MANRIQUE

No, no.

LEONOR

Pronto, vete.

MANRIQUE

¡Solo yo!

LEONOR

Que nos observan quizá.

MANRIQUE

¿Qué importa?, aquí moriré,
¡moriremos, madre mía!
tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno a la fe.

LEONOR

¡Manrique!

MANRIQUE

Ya no hay amor
en el mundo, no hay virtud.

LEONOR

¿Qué te dice mi inquietud?

MANRIQUE

Tarde conocí mi error.

LEONOR

¡Si vieras cuál se estremece
mi corazón! ¿Por qué, di,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
¿no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu aflicción
a aumentar, pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razón.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasión,
alivia mi corazón,
que abrasa un voraz veneno...

MANRIQUE

Un veneno... ¿y es verdad?
y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...

LEONOR

Por piedad,
ven aquí por compasión
a consolar mi agonía:
¿no sabes que te quería
con todo mi corazón?

MANRIQUE

Me matas.

LEONOR

Manrique, aquí,
aquí me siento abrasar.
¡Ay! ¡ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
¡Ay juventud malograda,
por tiranos perseguida!
¡perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!

*(Se ve brillar un momento el resplandor de
una luz en la ventana de la izquierda.)*

Mira, Manrique, esa luz...
vienen a buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
¡por el que murió en la cruz!

MANRIQUE

Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:
lo quiero, anheló morir...
muy pronto te seguiré.

LEONOR

¡Ay! acércate...

MANRIQUE

¡Amor mío!...

LEONOR

Me muero, me muero ya
sin remedio; ¿dónde está
tu mano?

MANRIQUE

¡Qué horrible frío!

LEONOR

Para siempre... ya...

MANRIQUE

¡Leonor!

LEONOR

¡Adiós!... ¡adi... ós!...
(*Expira: un momento de pausa.*)

MANRIQUE

¡La he perdido!
¡Ese lúgubre gemido...
es el último de amor!

Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
allí está el cadalso, allí,
y Leonor aquí está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.

(*Tropieza con LA AZUCENA.*)

¿Quién estaba aquí? ¿Quién va?

AZUCENA

¿Es hora de que partamos?
(*Entre sueños.*)

MANRIQUE

A morir dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante;
a contemplar su semblante,
a adorarla otra vez voy.
Aquí está... dadme el laud;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os contaré su virtud.
Una corona de flores
dadme también: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como a mí me véis llorar.

¡Qué funesto resplandor!
¿tan pronto vienen por mí?
el verdugo es aquél... sí:
tiene el rostro de traidor.

ESCENA VIII

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON GUILLÉN, DON LOPE, y SOLDADOS con luces.

NUÑO

¿Leonor?

MANRIQUE

¿Quién la llama? ¿por qué vienen
a apartarla de mí? la desdichada
ya a nadie puede amar. ¡Si yo pudiera
ocultarla a sus ojos!

*(La cubre con su ferreruelo, que tendrá al
lado.)*

NUÑO

¿Leonor?

MANRIQUE

Calla...

No turbes el silencio de la muerte.

NUÑO

¿Dónde está Leonor?

MANRIQUE

¿Dónde? aquí estaba.
¿Venís a arrebatármela en la tumba?

NUÑO

¿Ha muerto?

MANRIQUE

Sí... ya ha muerto.

(Descubriendo el rostro pálido de Leonor.)

GUILLÉN

Quién... ¡mi hermana!

MANRIQUE

Ya no palpita el corazón; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...

(A don Nuño.)

¡Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.

NUÑO

Llebadle al punto;
llebadle digo, y su cabeza caiga.
(Varios soldados rodean a MANRIQUE.)

MANRIQUE

Muy pronto, sí...

NUÑO

Marchad...

MANRIQUE

¡Qué miro! vamos...

(Reparando en LA AZUCENA.)

No le digáis, por Dios, a la cuitada
que va su hijo a morir... ¡madre infelice!
Hasta la tumba, adiós... *(Al salir.)*

ESCENA IX

LOS MISMOS, *menos* MANRIQUE.

AZUCENA

(Incorporándose.) ¿Quién me llamaba?
El era, él era; ingrato, se ha marchado
sin llevarme también.

NUÑO

¡Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.

AZUCENA

¡El hijo mío!

NUÑO

Ven a verle morir.

BIBLIOTECAS CIRCULANTES

Y DE LOS

AZUCENA

PARQUES DE MADRID

¿Qué dices? ¡Calla!

¡Morir! ¡morir!... no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.

Esperad, esperad...

NUÑO

Llevala.

AZUCENA

¡Conde!

NUÑO

Que le mire expirar.

AZUCENA

¡Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento!

NUÑO

No, llevadla.

(La toma por una mano, y la arrastra hasta
la ventana.)

Ven, mujer infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto a caer...

*(Se oye un golpe, que figura ser el de la
cuchilla.)*

AZUCENA

¡Ay! ¡esa sangre!

NUÑO

Alumbrad a la víctima, alumbradla.

AZUCENA

¡Sí, sí... luces... él es... tu hermano, imbécil!

NUÑO

¡Mi hermano, maldición!...

(La arroja al suelo, empujándola con furor.)

AZUCENA

¡Ya estás vengada!

(Con un gesto de amargura, y expira.)

FIN

Ayuntamiento de Madrid





